

PUBLICACIONES *Cinema*

50
CENTIMOS

Marika Rökk
y
Fritz Kampers
en



CABALLERIA LIGERA

Caballería Ligera

BASADA EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE

DIRIGIDA POR

Werner Hochbaum



PELICULA



DISTRIBUIDA POR

ALIANZA CINEMATOGRAFICA ESPAÑOLA

Provenza, 273

BARCELONA

Argumento narrado por
PUBLICACIONES CINEMA

INTÉRPRETES PRINCIPALES:

MARIKA RÖKK
FRITZ KAMPERS

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

TALLERES GRAFICOS VDA. M. BLASI - BARCELONA

CABALLERIA LIGERA

ARGUMENTO DE LA PELICULA

En los hermosos alrededores de la ciudad de Génova, el famoso Circo Cherubini daba sus últimas representaciones. Desde primeras horas de la tarde los potentes altavoces no cesaban de pregonar las proezas difíciles y sensacionales atracciones que en la pista se desarrollarían.

—Pasen, señores, pasen; últimas representaciones del señor Palato y su caballo amaestrado.

El público se apiñaba para ver por última vez aquel acontecimiento y los golfillos callejeros, ante la imposibilidad de comprar la entrada, asomaban a través de las cortinas los avispados ojos.

Todo el personal del circo estaba en movimiento. Los mozos encargados de avisar a los artistas, no cesaban de recorrer los carros que les hacían las funciones de vivienda y camerino, anunciando el momento de salir a la pista.

Cerca de la explanada en donde se alzaba majestuoso el circo, hallábase una modesta taberna, punto de reunión de borrachos y cuya numerosa clientela dejaba mucho que desear.

En medio de aque ambiente de crápula, Rosika, la hija del tabernero, arrastraba una vida de repugnancia y aversión, pues ni su radiante belleza, ni la sensibilidad de su

espíritu, compaginaban con aquella atmósfera de vicio y disipación.

Ante el trato grosero, que diariamente recibía de los clientes. Rosika no disimulaba su enojo, el cual era cortado severamente por su padre, que veía en ella el perfecto anzuelo de sus parroquianos, para los cuales no regateaba en pedir a la joven más amabilidad y dulzura. En vano se rebelaba Rosika, teniendo finalmente que sucumbir al mandato brutal que le exigía ballara para contentarles.

La pobre joven aspiraba a otro ambiente más cálido y sano, en donde la vulgar sátira fuera substituída por la perfecta comprensión y la audacia excesiva y canalla por la más sencilla expresión de gentileza.

Una idea fija llevaba en su cerebro, y era el conseguir de forma honrada llegar a ser una estrella en la danza, para cuyo arte sentía una verdadera vocación.

Llegó el circo y Rosika trabó amistad con Rux, un clown ya de cierta edad con el cual solía sostener largas y muy agradables conversaciones. Este trataba a la joven con la máxima corrección y cariño y ella, que andaba sedienta de un poco de ternura, pagaba con su sincero afecto las atenciones que de él recibía.

No pasó desapercibida para el tabernero aquella amistad, que le era completamente desagradable y receloso de que pudiera ser, algún día, el motivo de la pérdida de su hija, ya que ésta no le ocultaba la intención que abrigaba de abandonarle a la menor ocasión, ceñía a la joven en una estrecha y constante vigilancia.

Siendo la mencionada taberna la única que había por aquellos alrededores, los artistas del circo acostumbraban a pasar en ella muchos ratos, atraídos seguramente por la hermosura de la joven, de la que celebraban sus dotes artísticas.

Aquella tarde, al llamar al carro en donde debiera hallarse uno de los artistas del circo, el mozo comprobó que estaba vacío y andaba como un loco vociferando:

—Jacobito, es tu turno; ¿dónde está Jacobito?

Una voz respondió:

—Seguramente en la taberna.

En efecto, sentado en una de las mesas, Jacobo jugaba con unos amigos. El muchacho entró jadeante, insistiendo:

—Jacobito, es tu turno. Date prisa.

—Voy en seguida — respondió el interpelado y llamando a Rosika que deambulaba de mesa en mesa, preguntó:

—¿Cuánto?

Rosika se acercó sonriente, no sabía por qué, pero aquellos muchachos de circo le simpatizaban en extremo; sería, seguramente, que jamás buscaron el menor descuido para propasarse, como solían hacer los demás clientes.

Cobrado el gasto, respondió:

—Gracias.

El muchacho salió disparado y ella quedó en su labor tan odiada como repugnante.

Al poco rato, por uno de los ventanales asomó cautelosamente la deforme cabeza de un clown; era Rux, que aprovechando unos minutos de asueto, intentaba despedirse de la chica. En cuanto ésta le divisó corrió apresurada hasta él.

—Buenas noches, Rux — dijo, acercándose.

—Partimos esta noche, Rosika — dijo el recién llegado — y como que es muy difícil asegurar si volveremos a vernos pronto, te traigo este regalito para que no me olvides. Y entregó a la joven un pequeño estuche.

—Muy amable, Rux — comentó Rosika, recogiendo el estuche. — Pero seguramente no tardaremos en vernos.

—¿Quién sabe! — habló el payaso con algo de tristeza. La voz estridente de su padre cortó el encanto de aquel ratito de expansión que la muchacha tenía junto al amigo, que nuevamente le demostraba su afecto.

—¿Tengo que hacerlo todo yo solo?

Rosika se estremeció y alargándole su mano le dijo:

—Me llaman Rux. Después nos veremos.

Desapareció la grotesca cabeza y Rosika, contristada, volvió a ajustar los ventanales, regresando al lado de su padre, quien con mirada inquisidora le decía:

—Siempre andas con ese viejo.

—Es un buen amigo mío — contestó Rosika.

Pero el padre, no conforme con la respuesta, volvió a insistir:

—No sé a qué viene esa simpatía.

Rosika, lastimada por la intención punzante que su padre aplicaba a sus palabras, replicó:

—Es ya de edad, además es húngaro como mi madre.

—Más te valiera en lugar de pasarte las horas muertas con ese tipo, que distrajeras a los concurrentes con uno de tus bailes, ya que hace rato te están esperando.

—No quiero distraer a borrachos — dijo con tesón Rosika.

—Pues bailarás y cantarás cuando te lo pidan.

—Bailaré y cantaré cuando yo quiera.

Indignado el tabernero por la contestación rotunda de su hija, la cogió brutalmente por un brazo, pero ella se desasíó bruscamente, refugiándose en su dormitorio, en donde se encerró con llave.

Aquellas escenas violentas que menudeaban de día en día, iban haciendo imposible su estancia en la taberna. Amargada de su triste suerte y de la brutalidad de su padre, buscaba en la soledad un poco de lenitivo a sus pesares, dejando correr un llanto de incomprensión y de nostalgia.

Terminada la función de la tarde, el famoso equitador Palato y su esposa se disponían a cenar en espera de pasar un rato en la taberna junto a la bella Rosika. Mientras la señora Palato preparaba la mesa y servía la cena, le preguntó a su esposo:

—¿Vendrá esta noche Rux?

—No lo creo — respondió Palato. —Se pasa las noches escribiendo.

Efectivamente, Rux, apenas salía de su habitación en donde mataba largas horas escribiendo sin tregua. Ante la curiosidad de sus compañeros que no cesaban de preguntarle lo qué escribía, Rux respondía con evasivas y ya se rumoreaba por el circo que el viejo empezaba a sufrir de manías.

Terminada la cena, el matrimonio Palato se dirigió a la taberna, hallando muy enfurecido al amo, al que a sus preguntas respondió que estaba desesperado de la tozudez de su hija en negarse a bailar, a pesar de haberla reclamado diversas veces, y masticando el coraje respondió:

—Se niega a ocuparse de los clientes, pero yo la enseñaré a obedecer.

Compadecida la señora Palato de lo que se le avecinaba a la pobre Rosika, consiguió del tabernero la dejase ir, personalmente, a buscarla, convencida de que con sus súplicas lograría más que el padre con sus amenazas.

Al oír que llamaban a la puerta, Rosika se estremeció esperando ver aparecer la amenazante figura del tabernero, pero al constatar que era la sonriente señora Palato, lanzó un suspiro de alivio.

—Buenas noches, Rosika. ¿Por qué no quiere bailar?

Y Rosika con amargura respondió:

—No puedo delante de un público tan soez.

—No enoje a su padre, es peor para usted. Haga un esfuerzo y procure complacerle, aunque sólo sea en un único baile. No le cuesta nada evitar posibles disputas. Y si esto no fuese suficiente para convencerla, ¿ni por mí podrá hacerlo?

La cariñosa demanda llegó al corazón de la joven que, ya vencida, contestó:

—Lo haré por usted —. Y cogidas del brazo se personaron en la sala.

La aparición de Rosika fué celebrada ruidosamente.

En el círculo que las mesas dejaban libre, Rosika se dispuso a bailar, sin parar atención en los rostros de los asistentes, en donde asomaban impúdicos los más bastardo deseos. Rosika bailaba alentándose a sí misma, cediéndose plenamente al arte que surgía avasallador limando asperezas y prendiendo en sus labios la más encantadora sonrisa. En pleno entusiasmo artístico, llegó a olvidarse del público que la rodeaba, terminando por hacer verdaderas filigranas.

El ruido de los vasos al chocar contra el suelo y los aplausos y exclamaciones que hasta ella llegaron terminada la danza, la volvieron a la realidad, y huyó de aquel ambiente reuniéndose con su amigo Rux, a quien quería volver a ver antes de que partiera, quién sabe para cuanto tiempo.

En medio de la calma nocturna la voz de la joven se

dejó oír llamando a su amigo y en seguida la puerta de la habitación de Rux se abrió, dándole paso.

—¿Qué haces aquí? — preguntó, reuniéndose con ella.

—Vengo a despedirme, como te dije.

Ambos se sentaron en la escalerilla de madera que daba acceso al carro en donde habitaba el clown.

—Las despedidas son siempre tristes — dijo Rux. — Sobre todo cuando se marcha uno lejos.

—Yo también quisiera marcharme — murmuró suspirando la muchacha.

Rux la contempló largo rato, luego, como pensando en voz alta habló:

—Al oírte me recuerdas a mi pobre hija.

—¿Has tenido una hija? — preguntó, interesada.

—Sí, ahora tendría tu misma edad. Trabajábamos juntos en los trapecios, pero lo hacíamos sin red. Una noche saltó demasiado corto y... — la frase quedó rota pero en su mirada cruzó el más profundo dolor. — Desde entonces divierto a la gente. Soy clown.

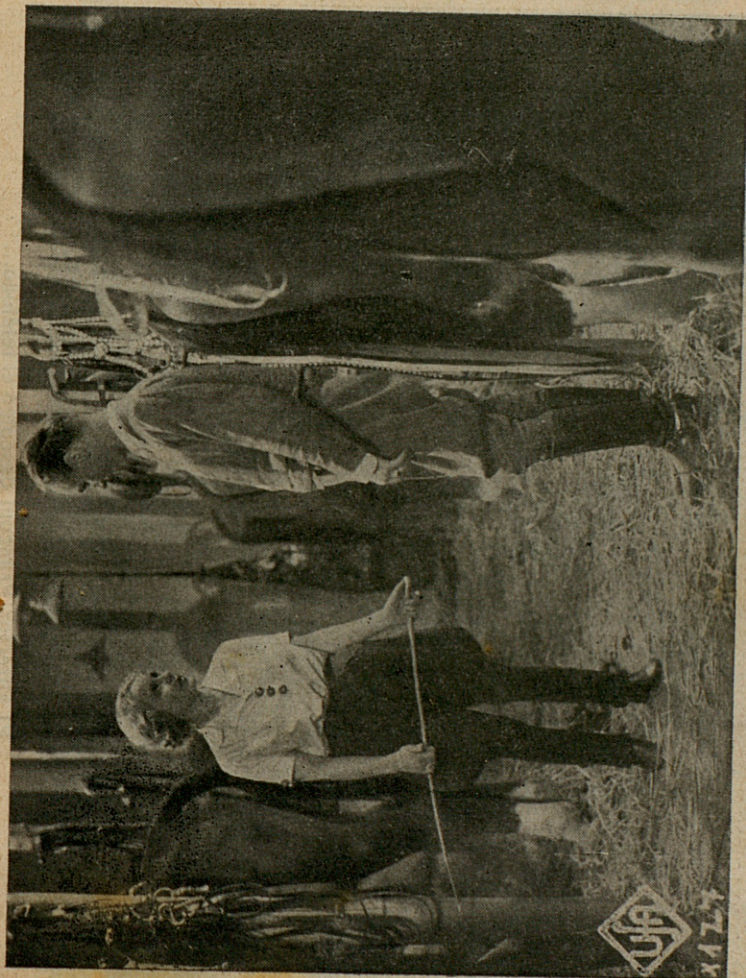
Así fué cómo comprendió Rosika a qué se debía aquella simpatía saturada de ternura que su buen amigo le profesaba, y todos aquellos especiales cuidados con que la envolvía, cuando estaba junto a él. Sin duda, cada vez que se encontraban frente a frente, por la mente del pobre payaso desfilaban escenas de antaño, y su presencia revestía de realidad el recuerdo de la hija malograda.

Se escurrían los minutos con rapidez vertiginosa y era preciso darle el último adiós, pues seguramente el padre habría ya advertido su ausencia. Se estremeció al pensar que muy en breve la caravana emprendería, de nuevo, su peregrinación por las carreteras y que aquel desconsolado clown iría paseando de ciudad en ciudad, en medio de estridentes y aparatosas carcajadas, la pena que desde hacía un tiempo le iba mordiendo.

—Hasta la vista — murmuró quedamente, estrechando la mano varonil.

—Hasta la vista — dijo Rux con voz impregnada de lágrimas.

Cuando entró en su casa, un borracho la cogió del bra-



— ¿Es Vd. húngaro? le preguntó Rosika.



El Director Franconi descolgó el teléfono...

zo, invitándola a sentarse y a apurar unas copas de champán.

Rosika se desasíó enérgicamente. Al menosprecio de ella, de aquella boca infernal surgieron a borbotones los mayores improperios e ironías, poniendo de manifiesto sus remilgos, hijos de la más estricta dignidad femenina pero que en el turbulento cerebro del borracho se trocaban en exagerado orgullo. Empelida por aquellas demostraciones de in-calificable grosería, abandonó la sala recluyéndose de nuevo a su habitación, en donde, reclinada en una silla, volvieron a surcar las lágrimas su bella rostro.

El único hombre que la había comprendido partía y ella volvería a hallarse otra vez sola, en el caos de aquella humanidad egoísta y brutal.

Una voz lejana se dejó oír entonando un canto saturado de nostalgia. Prendida en aquella voz, Rosika fué escuchando ávidamente, estrofa tras estrofa:

«Pienso en la patria lejana, — día y noche sin cesar.

Mi corazón vive en ella; — nunca la podré olvidar.

Dulce encanto de mi alma, — patria de mi corazón,
volver a pisar tu suelo — es mi postrera ilusión.»

Aquel lamento húngaro instigó a la moza, que, empelida por una fuerza oculta, decidió fugarse. Sin perder tiempo, hizo un hatillo con la poca ropa de que disponía y partió, enrolándose a la caravana.

En vano subió el tabernero dispuesto a dejarle sentir con más rigor que de costumbre sus derechos paternos; la habitación estaba desierta; los cajones de la cómoda abiertos y algunas prendas de ropa desordenadamente tiradas por el suelo, junto a una fotografía de Rux y a diversos programas del circo. Los atónitos ojos del amo de la taberna repasaron con odio profundo todos los detalles que voceaban audazmente la resolución de su hija.

Cuando la taberna quedó solitaria, y aprovechando la compañía de una moza, con la que escanciaban unos vasos de vino, comentó, preso de rencor, la mala jugada que su hija le había proporcionado al abandonarle, lamentándose de que sin ella, el negocio no daría el rendimiento codiciado, pero ésta, que estaba envidiosa de las aptitudes

y hermosura de Rosika, aprovechó aquella conjetura que le venía de perlas para ofrecerse, alegando que ella también sabía bailar y cantar, como la ausente, y que su trato para los hombres que frecuentaban aquel local, no daría nada que deesar.

La boca del tabernero se dilató con una sonrisa de satisfacción, llegando a bendecir aquella fuga que tan mal rato le había producido, y brindando por la nueva ballarina, bebió acariciando íntimamente una idea no confesable que brilló fugazmente en sus ojos.

En fila india avanzaban por la carretera los pesados carros que componía el circo.

En su habitación, Rux seguía trabajando sin descanso.

La noche era templada. Rux sintió el deseo de asomarse a contemplar aquellos campos que iban dejando atrás, interponiendo entre Rosika y él mayor distancia, y dejando su tarea abrió la puerta de su departamento, asomándose al exterior.

Una agradable sorpresa le esperaba. Sentada en el borde de la pequeña plataforma, Rosika lo miró, poniendo en sus pupilas un destello de travesura.

—¿Por qué has hecho eso? — preguntó algo turbado Rux.

—Estaba ya cansada de aquel ambiente y he decidido ir contigo.

—¿Conmigo? Dime: ¿qué voy a hacer de tí?

—Viviremos juntos y trabajaré en el circo.

No le pareció desacertada la idea. Alegrándose en el fondo de que se hubiera decidido a seguirlo. Se le antojaba tener a otra hija que iría calmándole el vivo recuerdo de la otra muerta, alegrándole con su presencia juvenil, sus últimos años de vida.

Por su parte, Rosika presentía que una vida de paz alboreaba en el horizonte de su porvenir, y su fantasía tejía y destejía proyectos halagüeños que la inundaban de felicidad.

Llegados a Budapest, el circo apostó en una inmensa explanada. Aquella mañana radiante de sol hallábanse Rux y otros compañeros de circo repasando los grandes carte-

les anunciadores de las próximas representaciones que el circo brindaría al público. Entre ellos Rosika criticaba jugetonamente que aquel bigotillo que habían pintado al director le envejecía en lugar de favorecerle. Cherubini, atraído por la belleza de aquella muchacha que había engrosado la gran familia artística de la cual se sentía padre honorífico, se acercó al grupo, pidiendo qué eran aquellos comentarios.

Cherubini era un muchacho de una hermosa figura, pero excesivamente petulante, cuya fanfarronería no tenía límites, pero poseía un gran corazón. A menudo sus impertinencias no se debían a otra cosa que a un exceso de amor propio.

Rosika, que veía en el rostro del director el mejor humor, aprovechó aquella ocasión que el destino le brindaba para pedirle un puesto dentro del elenco artístico. Convencido de que la belleza de la joven llamaría la atención, Cherubini no desoyó aquella demanda, alegando que si tenía voluntad y afán por triunfar, él estaba dispuesto a brindarle la ocasión. Al percatarse Rux de la viva e inmejorable impresión que había producido en el ánimo del Director la presencia de Rosika, le indicó que aquella muchacha era, precisamente, de la que tantas veces él le había hablado, comentando la maravilla de sus danzas y el caudal de talento artístico que demostraba poseer. Contento, Cherubini, de que le viniera a las manos aquel valor oculto que podría proporcionarle una fuente de ingresos, invitó a los dos amigos a que pasaran por su despacho para decidir en qué cuadro podría Rosika demostrar su arte y, enfáticamente, Cherubini se alejó, llevando en su cerebro un cúmulo de pensamientos agradables, que sin duda no dejaría de llevar a la práctica.

A cierta distancia de ellos, Geza, un muchacho novato, que hacía poco habíase enrolado también en el circo, y de quien nadie sabía nada de su pasado, pero que en su bello rostro y modales denunciaba a la legua no haber pertenecido nunca a aquella sociedad, el cual por orden del director era constantemente vigilado por los mozos del circo, estaba acariciando a Contessina, un magnífico caballo de

los más apreciados de la cuadra, por su docilidad, cuando se acercó uno de ellos preguntando:

—¿Qué haces?

—Doy de comer a Contessina — replicó Geza, sencillamente.

—De comer, ¿eh? Lo que tú estás buscando es robarlo para desaparecer con él. A nosotros tú no nos engañas. Hace tiempo que sabemos tus intenciones.

Geza y el mozo enredáronse en palabras, poniendo en juego, acto seguido, los puños. A aquel mozo agregáronse otros más y Geza tuvo que defenderse contra todos, sin poder evitar que lo derrotaran.

Atraída por el ruido de la pelea, Rosika corrió hacia el grupo, gritando:

—¿No os da vergüenza ir todos contra uno?

Los mozos soltaron al muchacho, al que habían dejado con la camisa despedazada y alguno que otro cardenal.

—¿De verdad intentaba usted huir? — preguntó cuando se hallaron algo apartados de los demás.

—No sé — respondió vagamente. — Seguramente la nostalgia de mi patria me hubiera impelido a hacerlo.

Rosika, sin saber por qué, recordó aquella canción lastimera que había oído desde su cuarto el día en que se decidió a partir.

—¿Es usted húngaro? — preguntó.

—Sí — dijo Geza iluminándosele el rostro de un potente amor patrio. — ¿Usted también?

Rosika asintió con la cabeza al mismo tiempo que le alargaba su mano, uniéndose ambas en un franco y cordial apretón.

—¿No le gustaría trabajar? — habló la joven.

—Sí, pero aquí es inútil. No me quieren dar trabajo. temerosos de que en cuanto tenga la menor ganancia me vaya.

—Confíe usted. Hablaré con el director.

Por la tarde, Cherubini, acompañado de Rosika, a la que había asignado un puesto de ayudante junto a él, visitó las jaulas en donde los fieros tigres rebullían sin tregua, con la intención de constatar hasta dónde llegaba

el valor que la muchacha le había asegurado tener. Entre burlón y sonriente indicó a Rosika que aquella noche debutaría siendo su ayudante y que no habría más remedio que acercarse a aquellas «mansas» fierecillas.

Rosika no pudo reprimir la primera impresión de pánico que la declaración de Cherubini había proporcionado. No pasando desapercibida para éste, comentó:

—¿Tienes miedo?

Aquella pregunta fué un latigazo.

—De ninguna manera — contestó, serenándose, pero sin dejar de mirar a aquellos tigres que medían impacientes las jaulas.

—Entonces esta noche tendrás ocasión de poderlo probar — dijo Cherubini, poniendo en su rostro la mayor picardía.

Rosika sonreía afectando tranquilidad, pero en verdad la muchacha no las tenía todas consigo, pero no era ocasión de defraudar al director, más cuando iba a pedirle un puesto para Geza, y en efecto, poniendo un gesto de mimo en su expresión, Rosika suplicó al director tuviera compasión de aquel muchacho y lo mismo que la había dado trabajo, fuese magnánimo concediéndoselo a Geza.

Y Cherubini, para quien Rosika era algo así como un bombón, no supo negarle aquel primer capricho.

Rosika estaba contenta, y dispuesta a demostrarle que no era mujer de retroceder por más fieras que le presentaran.

Por la noche, ante un público numeroso, Cherubini, elegantemente vestido de domador y acompañado de Rosika, comprobaba la solidez de las verjas en cuyo interior tenía que exhibirse junto con los tigres. Antes de dar suelta a las fieras, Cherubini ordenó a la muchacha que saliera.

—No tengo miedo — murmuró Rosika.

—Pues yo sí lo tengo.

Y cogiéndola del brazo la acompañó hasta la portezuela.

Correctamente erguido en mitad de la jaula, con un látigo en cada mano, Cherubini esperó serenamente la suelta de los tigres, los que al verse libres de la prisión rugían de alegría, recorriendo la pista. El director comenzó la emocionante y peligrosa exhibición, que arrancó un caluroso aplauso.

Embriagado de orgullo, Cherubini, después de saludar gentilmente, dando las gracias se prendió del brazo de Rosika, saliendo de la pista. En el pasillo le esperaba Hanny, la amazona, que a pesar de hallarse despechada por la indiferencia que Cherubini le demostraba, desde la llegada de Rosika, no desperdiciaba ocasión de meterse por los ojos, intentando reconquistar la influencia que tiempos atrás había ejercido en él.

Cherubini dejó a Rosika, escuchando con delectación todas las exageradas muestras de admiración que la astuta Hanny le decía.

Por su parte Geza estaba contento, pues gracias a la intervención de Rosika, Cherubini le había asignado un puesto en la cuadra, en donde cuidaba con esmero de los hermosos caballos, y con mayor atención de Contessina, por ser éste el favorito de su protectora, con el cual todas las mañanas el famoso equitador Palato la iba adiestrando, convencido de que en breve tiempo llegaría a ser una perfecta amazona.

Para celebrar aquella primera representación y al mismo tiempo el debut de la joven, Cherubini la convidó a salir con él, aquella noche. Rosika aceptó el ofrecimiento, ataviándose con un hermoso traje claro que realzaba de una manera magnífica su belleza.

Al entrar en el Dancing, Cherubini pidió champán y cogiendo con cariño la mano de ella la acarició suavemente. Rosika dulcemente se desasíó so pretexto de coger unos terrones de azúcar.

—¿Te gusta el azúcar? — preguntó admirado Cherubini.

—No, no es para mí — contestó Rosika; — me lo llevo para dárselo a mis amigos de la cuadra.

Esta declaración entusiasmó a Cherubini, que también sentía una pasión por los caballos y cogiendo el azucarero lo vació en el bolso de Rosika.

—Brindo por tus amigos — dijo, levantando la copa.

Y ambos bebieron.

—¿Te gusta este ambiente? — le preguntó, al ver la cara de satisfacción y la curiosidad que Rosika imprimía en sus pupilas al repasar los menores detalles.

—Sí, mucho — replicó. — Todo esto es delicioso.

—Yo acostumbro a venir muchas noches. Si quieres, podrás acompañarme siempre.

Cherubini no dejaba de satisfacer todos los caprichos de la muchacha, abrigando la idea de hacerla suya.

Cuando más entusiasmado se hallaba en su flirteo, aparecieron el matrimonio Palato, los cuales de una manera muy discreta vigilaban a la joven, por la que sentían una profunda simpatía.

Contenta de verles, Rosika les invitó a que se sentaran, pasándole desapercibidas las muecas que Cherubini le hacía para avisarle que no era de su agrado. El matrimonio aceptó de buena gana y Cherubini tuvo que tragar la presencia de los inoportunos, no sin demostrar un profundo disgusto.

A altas horas de la noche dejaron el Dancing. El flamante director del circo iba borracho como una cuba, hasta el extremo de tener que apoyarse en sus amigos para poder dar unos pasos.

Llegados al circo, Cherubini intentó despedirse de Rosika con un beso, pero ésta evadió el gesto, dejándolo a la custodia de Palato y su esposa, quienes lo acompañaron hasta su habitación.

—Ahora estoy contento de que hayáis venido — dijo Cherubini. — No sé cómo me habría arreglado yo solo.

Antes de dirigirse a su habitación, Rosika pasó por la cuadra con la excusa de darle a Contessina el azúcar, pero secretamente aquellas visitas que iban menudeando eran exclusivamente en obsequio de Geza, por el cual sentía una simpatía que había degenerado ya en amor.

Cuando entró en la cuadra, Geza estaba sentado con la cabeza apoyada en las manos. Sin hacer ruido se acercó hasta él.

—Buenas noches, Geza.

—Buenas noches, Rosika.

—Traigo un poco de azúcar para Contessina.

Geza no apartaba los ojos de ella. ¡Qué hermosa estaba vestida con aquel vaporoso traje claro!

Mientras Rosika le daba el azúcar, el muchacho, por el otro lado del caballo, seguía con los ojos fijos en ella. Rosika sentía la mirada penetrante de él, que la envolvía en un manto de admiración y ternura.

—Perdone, Rosika — murmuró Geza. — Todavía no le he dado las gracias por su amable intervención cerca del director.

Rosika no quería demostrar la turbación que sentía ni el interés que Geza le inspiraba.

—No tiene importancia — contestó sencillamente. — He tenido un verdadero placer en ayudar a un compatriota.

Geza quedó silencioso y Rosika, que adivinaba lo que éste pensaba, se entretuvo con el caballo acariciándole la hermosa cabeza. Estaba nerviosa y un poco avergonzada. Geza hizo lo mismo y ambas manos se encontraron, quedando enlazadas unos momentos.

Unos pasos les volvieron a la realidad. Rosika se despidió de Geza.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Rosika.

Al dar los primeros pasos se dió cuenta de que el lindo sombrero habíase quedado olvidado en un clavo.

—Mi sombrero, Geza — dijo retrocediendo.

Este galantemente se lo alargó.

—Gracias — dijo, volviéndolo a mirar.

—A su disposición — contestó Geza, recogiendo aquella mirada.

Geza se dió cuenta de que la amistad que lo unía a aquella deliciosa mujer era el comienzo de una pasión avasalladora, por la cual se sentía capaz del mayor sacrificio y el gusanillo de los celos dejó sentir sus primeras punzadas.

Rux, que sabía la simpatía que Rosika sentía por Geza, acogió a éste con afecto y pronto ambos amigos llegaron a ser dos perfectos camaradas. Geza pasaba largos ratos de charla con Rux, cuyo tema de conversación era, invariablemente, Rosika. Geza no ocultó a su amigo la pasión que abrigaba en su pecho y los celos que sufría cuando presenciaba los continuos galanteos de Cherubini.

Una tarde en que se hallaban Rosika y Geza en la cuadra apareció Hanny, que se había dedicado a ser la espía de la joven. Esta al verla se despidió de Geza, temerosa de que Hanny intentara llevar su odio hasta el extremo de perjudicar al muchacho.

—Parece Geza — dijo mordaz Hanny — que se ocupa usted demasiado de Contessina, dejando abandonados a los demás caballos. Debiera usted poner el mismo cuidado en todos.

Geza se mordió los labios y no contestó, dejando plantada a Hanny, quien presa de coraje se dirigió a la pista, en donde ensayaban sus amigos.

Palato la dijo:

—¿No sabes? En breve debutará Rosika, sola, en un número de baile.

—¿Quién ha sido el idiota que ha dispuesto semejante barbaridad? — preguntó Hanny.

—Yo — respondió la voz de Cherubini surgiéndole por detrás.

Hanny se levantó amoscada, marchándose. En mitad del camino se cruzó con Rosika que venía cantarina, y Hanny sin disimular su aversión le dedicó un gesto despreciativo que fué correspondido con otro cómicamente imitado por Rosika.

Aquella alegría juvenil de Rosika encantaba a todos sus compañeros, los que siempre buscaban reunirse con ella para pasar deliciosos ratos, y Rosika se olvidaba de todos aquellos pequeños incidentes que le eran suficientemente compensados con atenciones y cariño.

La temporada de circo llegaba a su fin y Cherubini reunió a todos los artistas para preparar nuevas atracciones.

—Hemos de hacer algo nuevo que cautive al público. Me tenéis que ayudar a buscar algo original y espectacular.

Todos callaron. En verdad que ninguno atinaba a decir algo que pudiera revestir la originalidad y novedad que Cherubini les pedía.

Rux se atrevió a declarar a su director que él tenía escrita una pantomima para circo que estaba seguro podría interesarle. Era el fruto de todas aquellas noches pasadas en vela. Una pantomima de gran fastuosidad, titulada «Caballería Ligera», y sacando del bolsillo el manuscrito, se lo alargó a Cherubini para que éste lo leyera.

Cherubini aceptó el ofrecimiento mientras decía jocoso y burlón:

—A veces los locos aciertan.

Días después, Cherubini llamó a su despacho a Rux, para notificarle que su pantomima había sido leída con toda la atención que la obra merecía y que siendo de su agrado pensaba ponerla en escena para la próxima temporada. Sólo había un peso, y es que la heroína necesitaba poseer muy especiales cualidades que creía sería bastante difícil reunir las en una sola mujer.

Rux, sonriente, le contestó que todo eso lo tenían al alcance de la mano, ya que la obra había sido escrita íntegramente para Rosika, quien además de bailar, cantaba y era actualmente una perfecta amazona, según declaración de su profesor Palato.

Alegróse Cherubini de que Rosika reuniera todas aquellas condiciones, pues además de solventarle el problema, le brindaría la ocasión de poder demostrarle, una vez más, su bondad para con ella, al asignarle el primer papel de «Caballería Lígera», de cuyo éxito ya no se dudaba.

Rosika no cabía en sí de gozo al enterarla de la decisión del director para desempeñar el primer papel. En cambio, Hanny sintió con más intensidad que nunca que los celos la mordían, a pesar de ser testigo del idilio que ésta sostenía con el humilde mozo de cuadra y que por su parte poca atención prestaba a las insinuaciones constantes de Cherubini, que, ajeno a aquellos amores, no perdía ocasión de ir ciñendo el círculo de afecto y galantería en el cual intentaba prender a la joven.

A todo el que encontraba a su paso comentaba, la envidiosa, que Cherubini no contento con haberla hecho debutar en un papel aislado, le daba el principal papel en la obra de Rux, siendo ella más mercedora que ninguna.

Esto motivó que las relaciones entre ambas jóvenes llegaran a una tirantez excesiva, creándose un ambiente de profunda hostilidad, pero Rosika, cuyo temperamento desinteresado y poco amigo de envidias no encajaba con las intrigas, aprovechaba de su innata comicidad y alegría para ir las suavizando.

Temeroso Rux de que aquellos amores iniciados con Geza pudieran influir en forma desagradable en el porvenir de Rosika, el cual empezaba a verlo preciso y lleno de prome-

sas, aprovechó un momento de celos de Geza, en el cual el muchacho se quejaba de que Rosika daba oídos a todas las atenciones que Cherubini la ofrecía, pareciendo no desagradarle, ya que no hacía nada para evitarlas. Pensando hacer un beneficio a Rosika, le habló claramente al muchacho, haciéndole creer que aquello que les unía era una travesura de niña y que lo que le interesaba a Rosika era su carrera, más ahora que se le había presentado la ocasión de poder llevarlo a la práctica.

—¿Crees tú que Rosika no me quiere? — preguntó amargado el muchacho.

—No sé — respondió Rux. — Pero sí creo que Cherubini lleva con ella buenas intenciones y opino que esto sería el mejor porvenir al que pudiera aspirar Rosika.

—Entonces, me voy, Rux; yo aquí no seré nunca nada.

Rux quedó mudo y Geza, comprendiendo en aquel silencio lo que Rux quería decirle, se despidió, abandonando el circo.

Llevando como bagaje la primera desilusión amorosa, Geza regresó a su hogar, en donde le esperaba su hermano.

—Vengo decidido a trabajar contigo — dijo Geza, que ya en su ambiente volvía a ser el barón de Raco.

—Tiempo has tardado en decidirme — le dijo el hermano, abrazándole. — Creo que la experiencia que traes te va a servir para lo sucesivo. Dime a qué se debe tu regreso.

El barón de Raco quedó unos momentos pensativo; luego, procurando revestir sus palabras de la mayor indiferencia, murmuró:

—En el circo había una muchacha lindísima y...

Geza quedó sin terminar la frase. El hermano comprendió que lo que le interesaba era olvidar y él estaba dispuesto a poner de su parte todo cuanto fuera necesario.

La ausencia del mozo de cuadra impresionó vivamente a Rosika, la que no cesaba de preguntar a Rux a qué obedecía su marcha repentina. Este, ocultándole a la joven que él era el principal culpable de aquella decisión, sólo supo contestar a la desconsolada Rosika:

—Geza partió porque seguramente no era de los nuestros y llegó a hastiarle esta vida vagabunda.

Cuando el mozo se dió cuenta de la desaparición de Geza, le faltó tiempo para notificarlo a Cherubini, quien después de enterarse si el muchacho se había llevado algo, y ante la negativa del emisario, soltó una carcajada de satisfacción, pues en verdad que Geza no le había simpatizado nunca y si bien lo toleraba era en obsequio a Rosika, que había demostrado tenerle cierta simpatía.

No obstante su dolor, Rosika continuó los ensayos de la pantomima con la idea fija de triunfar por encima de todo, para lo cual no regateaba el mayor esfuerzo, además su afecto hacia Rux la impulsaba a trabajar, para que la obra que con tanto cariño había sido escrita con los ojos fijos en ella, alcanzara el éxito esperado.

Cierta tarde en que se hallaba Rosika en el despacho del director, que la había llamado para hablar de los progresos de los ensayos, éste le insinuó la intención de hacerla su esposa. Rosika hizo la tonta.

—¿Cómo te imaginas que ha de ser mi esposa?

—No sé, pero, seguramente, muy bella.

—En efecto, muy bella. Ven, que te la voy a presentar.

Y cogiéndola de la mano, la acercó al gran espejo, en donde se reflejaron juntas ambas figuras.

Rosika no dijo nada, buscaba en su mente la manera de escabullirse de él sin enojarlo, pues ahora que la pantomima iba viento en popa, no debía ella ser la causante del más pequeño obstáculo.

El mutismo de la joven fué interpretado por Cherubini como una afirmación a sus pretensiones y atrayéndola contra su pecho intentó besarla.

Rosita se rebeló.

—No; — dijo agitadamente. — No puedo.

Y desasiéndose de él, huyó.

Este verdaderamente sorprendido, volvió a contemplar su esbelta figura, mientras expresaba su pensamiento en estas palabras:

—Es increíble..., es increíble.

Días después, despedido por la negativa rotunda que había recibido con relación a sus pretensiones matrimoniales decidió no poner en escena «Caballería Ligera», y

aprovechando la primera conjetura que le vino a mano, despidió del circo a Rux, alegando su avanzada edad, que lo hacía inservible en su trabajo de hacer reír a la gente.

Rux no protestó y acto seguido preparó sus maletas, decidido a partir lejos, en donde pudiera ocultar su derrota, si bien intensamente pesaroso de abandonar a Rosika, a la que quería sinceramente.

Cuando Rosika entró en la habitación, Rux estaba atareado arreglando las maletas. En la habitación reinaba el mayor desorden, pues éste había ido esparciendo toda su ropa para poder colocarla.

—¿Te vas, Rux? — preguntó Rosika.

—Sí; Cherubini me ha despedido. Dice que soy demasiado viejo.

Cogiendo una de sus fotografías, se la alargó a la joven.

—Guárdala como recuerdo mío.

—No, Rux, no puedo guardarla.

—Sí, es verdad — dijo Rux intentando recogerla.

Pero Rosika le retuvo el gesto.

—No puedo guardarla, pero si llevármela conmigo, porque yo también parto, Rux.

—¿Tú? — murmuró sorprendido.

—Sí, contigo; a donde tú vayas, yo también iré.

—Eso no puede ser, Rosika. Aquí está tu porvenir y tu carrera.

—No lo creas, a tu lado también podré trabajar.

Rux no vaciló, aceptando de buen grado la compañía de la muchacha, que por segunda vez lo dejaba todo para seguirle a lo desconocido.

En compañía de ella recorrieron diversos despachos de directores de circo y empresarios, antiguos amigos de Rux, en busca de trabajo para los dos. Pero Rux que sabía lo que eran aquellas largas esperas en las antesalas, procuraba dejar a Rosika paseando o en algún café mientras él hacía las diligencias. Poco éxito obtenía Rux; nadie tenía trabajo para ambos.

Cuando decaía el ánimo de éste, Rosika lo animaba usando, invariablemente, la misma frase:

—No te apures; todo se arreglará.

Habíanse instalado en un modesto departamento de la hermosa ciudad de Budapest, en donde Rosika lo atendía y cuidaba como si fuera una hija.

Sucedíanse los días y Rux no hallaba lo que deseaba. En vano se pasaba las horas muertas en las salas de espera de los empresarios, de los cuales alegaba ser amigo, pero los empleados acostumbrados a esta clase de trucos, de los que se valían la mayoría de los aspirantes, que iban a la caza de un empleo, no le hacían el menor caso. Sentado, esperaba pacientemente le llegara el turno para poderse poner en contacto con sus antiguos camaradas. Estos lo recibían muy bien; le alentaban pero no le proporcionaban nada de lo que él pedía. Sin embargo, a cada uno de ellos les fué dejando su pantomima, en espera de que a alguno le pudiera interesar.

A diario recibía montones de cartas que, invariablemente, encerraban una desoladora negativa, pero a pesar de todo seguía tenaz en su empresa, aguijoneado por la presencia de Rosika y los alientos que ésta le daba.

Cierto día logró hablar con uno de sus amigos, después de haberse pasado toda la mañana sentado en un banco de madera, en donde su pensamiento no cesaba de torturarle con más o menos tristes augurios.

—Hola, Rux — le dijo el empresario, alargándole la mano.

—Buenos días — contestó Rux. —Vengo a visitarte para ver si podrías darme trabajo.

—Es algo difícil, amigo mío, sobran clowns, en cambio tengo a mano una plaza de danzarina.

Rux aceptó el ofrecimiento.

—Cuento con la joven, para Pressburg — dijo el empresario, intentando despedirse.

—Traigo también una pantomima escrita que te la dejo para que la leas. Ya me dirás algo sobre ella.

El amigo recogió el manuscrito y Rux se despidió.

Cuando Rosika se enteró de la contrata ofrecida para bailar en Pressburg, no pudo dominar su contento, pero ante la cara larga de Rux, que demostraba la desazón que le consumía, le preguntó:

—¿Y para tí no te ha dado nada?

Este inclinó la cabeza denegando.

A la mañana siguiente, mientras Rosika arreglaba el departamento, él se entretenía en coleccionar las cartas recibidas, las cuales abría sin ninguna ilusión. Sabía que en todas ellas leería la misma negativa y esto le producía mayor melancolía.

Alguien llamó a la puerta nerviosamente, yendo a abrir Rosika.

—Una carta urgente para Augusto Rux.

Esta cogió la carta al vuelo, sentándose junto a su amigo, ansiosa de saber su contenido.

Con manos temblorosas Rux abrió el sobre. A las pocas líneas se iluminó el rostro del viejo. Era una misiva del famoso director Franconi, que le aceptaba la pantomima y lo citaba a su despacho para puntualizar las condiciones.

Sin pérdida de tiempo se dirigieron a casa de Franconi, que los recibió amablemente, alabando al autor la magnificencia de su obra. Rux apenas podía hablar de la emoción que le embargaba. Franconi iba citando punto por punto todas las ventajas, mostrando cierta inquietud al tratar de encontrar artista que enmarcara perfectamente el papel principal de la obra.

Rosika, que no perdía coma de la conversación, se adelantó, exponiendo a Franconi que ella podía representarla, ya que incluso había empezado en otra ocasión los primeros ensayos.

—¿Sabe usted bailar?

Rosika, a fin de exponer palpablemente la veracidad de su afirmación, dió unos cuantos pasos de baile.

Franconi quedó satisfecho de aquella demostración que voceaba la seguridad y ligereza que la joven tenía en la danza. Ofrecióle al día siguiente visitar su pista, en donde tendría ocasión de demostrar, asimismo, sus dotes de amadora.

Ni corta ni perezosa, Rosika, animada por el afán de quedar también en esta prueba en primer lugar, desplegó ante la mirada inteligente del director, que seguramente habría de ser su futuro empresario, todas las filigranas ecues-

tres que Palato le había enseñado. ¡Con qué ligereza Rosika saltaba sobre el lomo del animal! Bajaba rozando con un solo pie el suelo, luego se erguía y acostaba, volvía a ponerse de pie y así en interminable desfile iba presentando figura tras figura, rivalizando en grácil y elegancia al más exigente profesor.

—Muy bien — decía entusiasmado Franconi. —Esta muchacha es una maravilla.

Quedó el contrato firmado y fijado el plazo del estreno para tres semanas más tarde.

Rux no cabía en sí de gozo y Rosika sentía la satisfacción de haber conseguido lo que se había propuesto.

Seguidamente comenzaron los ensayos de «Caballería Ligera», sin embargo, a pesar del trajín que esto le daba, Rosika no lograba olvidar al joven Geza, que habíale sabido inspirar aquella pasión, que constituía la más encantadora ilusión de su vida.

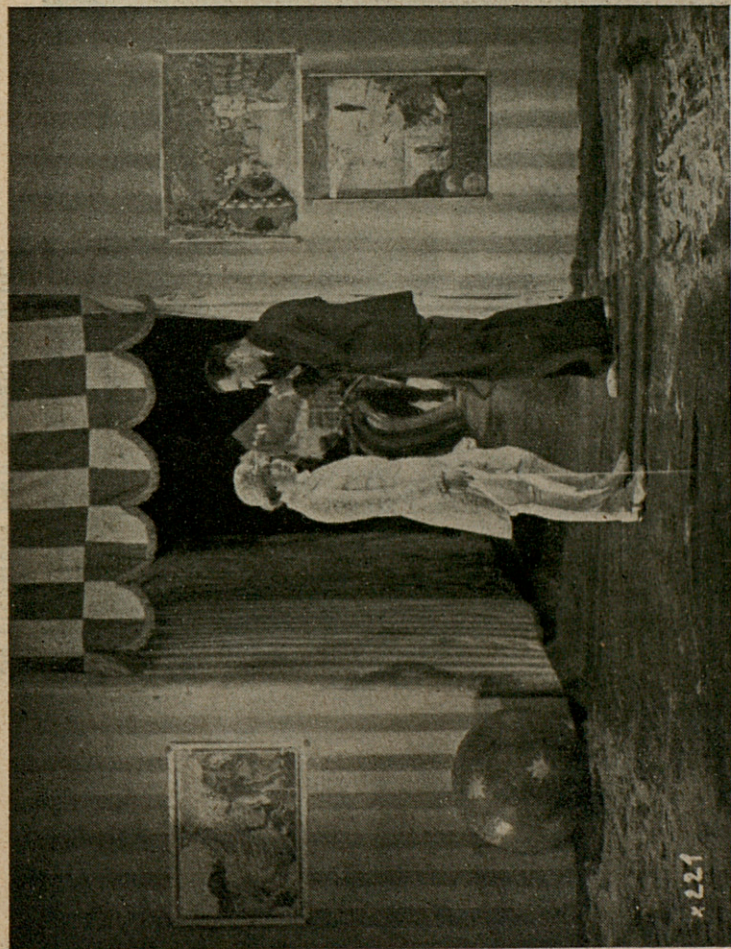
Un buen día, comentando con su amigo aquel amor y la huida extraña de Geza, Rux no pudo silenciar por más tiempo el verdadero motivo que había producido aquella separación y explicó detalladamente a la joven que su amante había abandonado el circo, seguro de que ella no sentía por él el amor que aspiraba merecer. En la conversación que con él había sostenido, logró convencerle que su presencia era más bien perjudicial que beneficiosa para la carrera de Rosika.

—Perdóname — concluyó, sinceramente arrepentido. — Creí hacerte un favor al alejar de tu vera a Geza, pues para mí opinaba que debía ante todo velar por tu porvenir. No podía abarcar hasta dónde llegaría a impresionarte y entristecerte la marcha de aquel muchacho, y por otra parte sabía que Cherubini estaba decidido a hacerte triunfar, y que las intenciones que abrigaba eran perfectamente serias. Ya ves, pues, que si te hice un mal, no jugó en ello la menor mala intención.

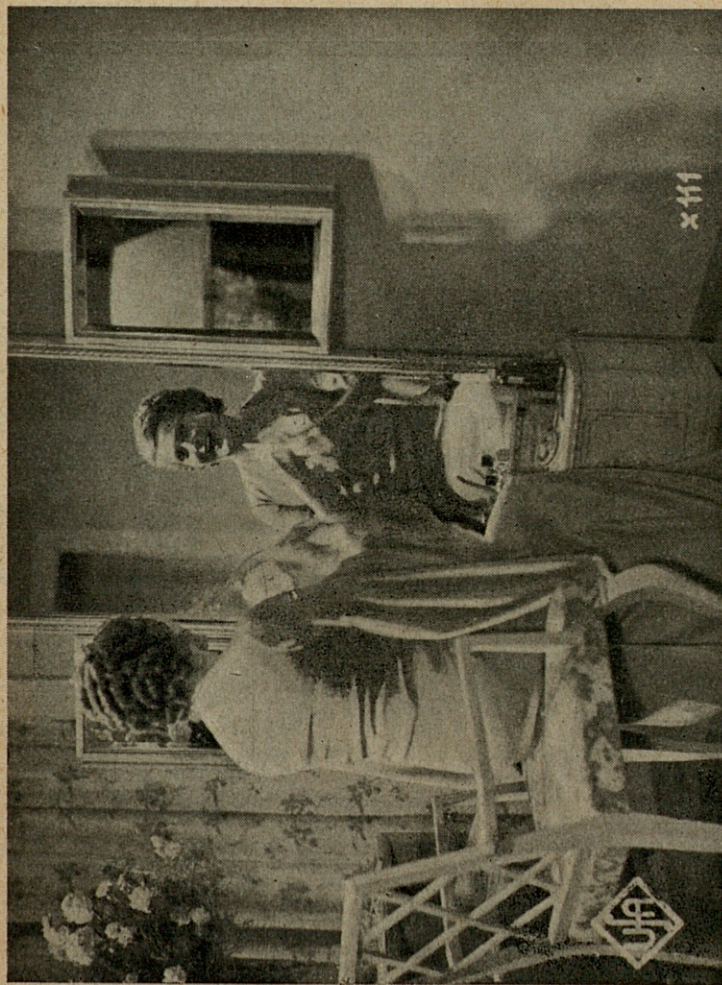
—¿Es verdad que Geza me quiere?

—Sí, Rosika; Geza te quiso siempre y estoy seguro que su amor no ha menguado y que seguirá queriéndote.

Rosika lloraba y reía al mismo tiempo. Era feliz, pues ya tenía cuanto ansiaba su mente y su corazón.



Con su traje blanco se disponía a salir a la pista, cuando...



Se preparaba para el segundo acto...

Rux, que finalmente habíase quitado un peso de encima, participaba plenamente de su dicha, animándola para que continuase su trabajo, convencido que más adelante sería bellamente reanudado aquel idilio que él se había encargado equivocadamente de romper.

Mientras tanto, los preparativos de «Caballería Liger» seguían su curso. Por todas las calles, grandes letreros luminosos anunciaban el próximo estreno y el debut de la famosa bailarina y amazona Rosika. Por todas las esquinas veíase la hermosa cabeza de la moza, y en grandes letras reveíase la hermosa cabeza de la moza y en grandes letras repetido una y mil veces su nombre.

El eco de la magnífica y profusa publicidad con que Franconi rodeó el estreno de la obra, llegó hasta la mansión en donde se hallaba trabajando el Barón de Racz, quien se dispuso a asistir al estreno de la obra, para ver en plena efervescencia de gloria aquella mujer que había sabido adueñarse de su corazón y a la que por más que había, no lograba apartar un momento de su mente.

Llegó el día del estreno y atraídos por la novedad, todos los artistas del circo Cherubini, acompañados de su director, hicieron acto de presencia, deseosos de admirar a la linda Rosika, que durante su corta estancia entre ellos se había hecho merecedora de la más cordial amistad.

El público se apiñaba en las taquillas, ansioso de ser espectador de aquel gran acontecimiento teatral.

Cuando llegó Geza, habíanse agotado ya todas las localidades, quien por más que ofrecía gruesas primas por un simple asiento, no podía conseguir hallar ninguno. El Barón de Racz estaba nervioso, pues por nada del mundo hubiera desistido de admirar en aquella fausta noche a su amada.

Estaba apostado junto a la taquilla en espera de hallar algún sistema para lograr su propósito, cuando acertó a pasar Rux, quien acercándose a la ventanilla dió orden al taquillero de que en cuanto llegasen los artistas del circo Cherubini le avisasen, pues tenía un palco reservado para ellos. Al oír aquellas palabras y reconocer a Rux, Geza se acercó. Grande fué la alegría de los dos amigos.

Rux obsequió cordialmente a Geza, ofreciéndole el mejor

puesto de su palco y anunciándole la alegría que tendría Rosika cuando lo viera.

Ante las dudas de Geza, que aún no había olvidado las antiguas declaraciones de Rux con relación a las intenciones de Rosika, éste que veía en aquella ocasión el momento oportuno de sincerarse con ambos, explicó al Barón todo lo ocurrido.

Geza pasó simultáneamente de la sorpresa a la mayor alegría, luego ante la expresión de ansiedad de Rux, que temía no ser merecedor de disculpas, el muchacho lo tranquilizó con unas palabras de afecto y olvido.

Impaciente, se disponía ir a visitar a su camerino a la joven, ansioso de estrecharla entre sus brazos y repetirle que la quería y que no la había olvidado durante el tiempo transcurrido, pero Rux lo detuvo haciéndole ver que sería mucho mejor esperar al final de la representación, ya que ésta se encontraba excesivamente nerviosa, en espera del éxito que podría alcanzar y de la acogida que le dispensaría el público. Si a esto agregaban la emoción de verle, podría ser perjudicial para la joven, que estaba a punto de traspasar el dintel de la gloria.

Convencido por las poderosas y acertadas razones, Geza desistió, entrando a la sala en donde esperaba ilusionado poder y aplaudir a aquella preciosa criatura que con su dulzura y bondad habíase captado todos los afectos.

Dentro ya, encontró al matrimonio Palato, quien al reconocerlo, le estrecharon amigablemente la mano, sorprendidos de ver en aquel perfecto caballero, elegantemente vestido, al antiguo y humilde mozo de cuadra.

No fué menor la sorpresa de Cherubini, cuando al subir las escaleras que conducían al palco, se dió de narices con él.

—¿Tú también aquí? — preguntó enfáticamente.

—Así parece — respondió burlonamente Raco.

Y cogiéndole un programa que llevaba en la mano le alargó unas monedas.

Con flema, el Barón le devolvió las monedas.

—Perdone el señor, pero es gratuito — dijo irónicamente.

Otro artista que pasó junto a él, díjole saludándolo:

—Parece que está en peso todo el circo Cherubini.

Raco asintió.

—En verdad que Rosika se merece esto y mucho más — dijo otro.

En el camerino de Rosika, Rux explicaba a su amiga el aspecto de la sala abarrotada de público, en donde no cabía ni un alfiler y el efecto magnífico que ésta producía, profundamente iluminada como correspondía a las noches de gran gala. La joven, nerviosamente, daba los últimos toques a su maquillaje, ensayando los puntos del baile.

Cuando le parecía olvidar algo, preguntaba angustiada:

—Oye, Rux, ¿qué viene ahora? — pero reaccionando en seguida: —No, no me lo digas; ya me acuerdo.

Y seguía tarareando la música mientras continuaba.

Rux seguía complacido los puntos que marcaban los breves pies de la joven, procurando calmarla y asegurándole que lo hacía a la perfección.

Alguien llamó con los nudillos a la puerta. Rosika advirtió a Rux que no dejara entrar a nadie, que estaba muy agitada y necesitaba soledad.

Un «botones» entró trayendo una gigantesca canastilla de rosas.

Rosika abrió el sobre, leyendo en la tarjeta: El Barón de Raco, y vagamente comentó: —No sé quién es Raco.

Rux dijo, enigmático:

—No importa; dentro de poco lo conocerás y estoy seguro que te va a gustar más de la cuenta.

Rosika no respondió. Estaba segura que toda su alma y sus aspiraciones las llevaba prendidas en su mirada Geza, el modesto mozo de cuadra, y que por más barones que se le cruzaran en su vida, no lograrían adueñarse de su corazón.

Sonaron los timbres de aviso y Rux se retiró, reintegrándose a su palco, en donde sentado junto a Raco y rodeado de sus antiguos compañeros, se disponía a ver desfilar ante sus ojos llenos de vida, todas aquellas escenas que su intelecto había ido combinando hora tras hora en el silencio de su pequeña estancia.

El pesado telón fué levantándose pausadamente. La escena representaba un castillo que veíase en tercera perspectiva. En primer término, una ancha plazoleta desde donde arrancaba, en pendiente acentuada, una carretera que

moría en el puente levadizo del castillo. Los decorados eran ejecutados con gran maestría y el juego de luces, impecable.

El cuerpo de baile, formado de numerosas parejas, rodeó a Rosika, cuando salió a las tablas. El público la recibió con un prolongado y nutrido aplauso, que llegó hasta ella como un oleaje de admiración que la hizo turbar. Entre ellos Geza no cesaba de aplaudir, encantado como nunca de la belleza de aquella mujer que tanto amaba.

Todo el mundo estaba pendiente de los gestos graciosos de aquella maravillosa bailarina, en la que cada figura que presentaba era la más gentil expresión de la gracia femenina. Su dinamismo y depurado estilo, acompañado de su belleza, iba consiguiendo lo que tanto tiempo hacía constituía su suprema aspiración y a medida que el baile ibase desarrollando, Rosika captaba de forma rotunda la simpatía y admiración de aquella masa compacta de espectadores que se compenetraban en su arte y de cuya figura no podían apartar los ojos.

Rosika sonreía con una sonrisa fácil y sincera; no era aparatosidad teatral, era satisfacción propia que asomaba a flor de labios, iluminando su bello rostro con una expresión de alegría que florecía en la guinda de su boca.

Con los últimos puntos de la danza estalló en la sala un verdadero derroche de aplausos. El Barón de Racoz no tenía manos suficientes para demostrar el entusiasmo que sentía y aplaudía frenéticamente, poniendo en su mirada profunda y sincera toda una gama de sensaciones, difíciles de describir, pero plenamente sentidas.

En el cuadro segundo se presentó Rosika vestida de amazona, luciendo un magnífico vestido blanco y montando un brioso caballo del mismo color. La hermosa amazona semejaba un copo de nieve saltando sobre el lomo del animal. Si sublime se había mostrado momentos antes, al encarnar una de las danzas de la pantomima, deliciosamente insustituible resultaba en este nuevo papel. El público saltaba de sorpresa en sorpresa. Nunca habían admirado en perfecta unión y en una sola mujer todo aquel caudal de perfecciones físicas y artísticas.

Un atmósfera de entusiasmo se esparcía por la sala,

amalgamándose con la música que electrizaba los nervios y embujaba el ambiente.

Sus antiguos compañeros de circo no perdían el más íntimo gesto de aquella deliciosa muñeca, que en las tablas era el imán en donde se prendían todas las miradas.

Cherubini sonreía también, aprobando con inclinaciones de cabeza la perfección ejecutiva de la joven y el gran Palato, su ex profesor, aquel buen amigo que con tanto esmero la había iniciado en la equitación, henchíase de gozo al ver el provechoso fruto que sus lecciones habían dado.

Con fastuosidad y un verdadero derroche de lujo, iban sucediéndose los cuadros de la revista «Caballería Liger», en donde a cada uno de ellos Rosika cosechaba más y más aplausos.

Cherubini no despejaba los ojos de ella, comentando con sus amigos el éxito rotundo que la pantomima estaba adquiriendo.

Dirigiéndose a Palato a cuya diestra estaba sentado, hizo un breve pero elocuente comentario:

—Ya decía yo que «Caballería Liger» era una verdadera maravilla.

—Tú lo decías, pero Franconi lo ha demostrado — contestó Palato, que íntimamente no perdonaba las veleidades de Cherubini y su decisión de no representarla.

Ajeno a todo, Rux seguía con verdadero interés e impaciencia, que se reflejaba plenamente en su rostro, todos los pasos que iba dando Rosika con motivo de ejecutar un vals de gran espectáculo, acompañada de numerosas y guapas «girls». Este era el baile en que más insegura estaba Rosika y temía que su nerviosidad y temor la condujeran a algún posible incidente.

La pista central formaba una piscina circular, en cuyo centro se alzaba una plataforma en donde bailaba Rosika, y rodeando la plataforma, otras bailarinas formaban el conjunto, acompañando los movimientos de ella. En el fondo, dos grandes escaleras en cuyos peldaños otras parejas danzaban contribuían a dar al espectáculo grandiosidad y colorido.

Era una verdadera cascada de sedas y colores que los potentes focos realzaban, y en medio de aquella orgía de

alegría, música y luz, Rosika surgía magníficamente, dominándolo todo.

—Ahora viene el trozo en donde no está muy segura — murmuró por lo bajo Rux al oído de Geza, que también participaba de su intranquilidad.

Pero Rosika había logrado dominarse, siguiendo sabiamente los compases de la música sin vacilar.

—¡Ya, ya está! Sorteó el peligro — volvió a decir, dando un suspiro de satisfacción.

Geza sonrió también, pues en secreto había padecido tanto como su amigo.

Al final de la danza, Rosika, replegándose suavemente, quedó convertida en un copo de nieve, sobre la plataforma, al compás del último acorde musical, velada por los líquidos tules de los surtidores que, desplegábanse en derredor. El público, entusiasmado, dejó correr otra vez el torrente de sus aplausos.

En el primer entreacto, Geza no pudo contenerse, y abandonó su asiento saliendo al pasillo, en donde encontró a Rux, que lo acompañó hasta el camerino de Rosika a través del ir y venir de las «girls» y del movimiento que reinaba entre bastidores.

Finalmente llegaron a la puerta del camerino, en donde Rosika se preparaba para el acto siguiente.

Rux entró satisfecho, diciéndola:

—Rosika, te voy a presentar al Barón de Racz, quien no puede aguardar más para saludarte.

Cuando Rosika vió aparecer a Geza y se percató que él era el mencionado barón, sin contener su alegría se echó en sus brazos. Geza la atrajo contra su corazón, murmurando unas frases de cariño que iluminaron el rostro de Rosika. El buen Rux, complacido de presenciar aquella reconciliación de los amantes y saturado de una profunda emoción, no atinaba a decir palabra, mas aquel embrujo fué cortado por la realidad. Sonaban los timbres y Rosika tuvo que desprenderse de los brazos de su amante para reaparecer en escena.

Cherubini, que no podía tragar la presencia de Racz, aprovechó su ausencia para sentarse en el sillón que Geza ocupaba, pero al mismo tiempo que se disponía a hacerlo,

por el lado opuesto regresaba Racz, tropezando ambos.

—Perdone — dijo Geza algo burlón. —Este es mi asiento, Cherubini, amoscado, regresó a su lugar.

—Tipo asqueroso — murmuró Cherubini, dirigiéndose a uno de sus amigos, sin apartar la vista. —Parece que el muchacho ha progresado.

Comenzó el segundo acto y Rosika adquiría más celebridad a cada número que presentaba. «Caballería Ligera» iba ganando a pulso los peldaños de la gloria.

Rux, para quien el porvenir no le presentaba su dura faz, suspiraba de satisfacción al constatar que su obra, escrita con tanto esmero y confianza, había respondido a su deseo, ya que siendo ajustada, especialmente, para Rosika, era representada por ésta y a través de ella lograba la realización de sus sueños juveniles. Rosika estaba ya consagrada como una estrella de primera magnitud. El pobre Rux ya no tendría que seguir divirtiendo a la gente con sus payasadas, la mayoría de las cuales las hacía mientras su pobre corazón lloraba en silencio por aquella hija ausente que había sido el gran amor de su vida. Ahora el destino le ofrecía otro sistema más fácil de ganarse la vida y en sustitución de aquella, otra hija a la cual él le había alargado la mano y juntos habíanse elevado a la cumbre deseada.

Terminada la obra, el público no cesaba de reclamar a escena al autor.

Todos los tramoyistas y empleados iban a la caza de Rux, que se había refugiado sigilosamente en el camerino de Rosika, en donde también se encontraba Racz.

Contra su voluntad fué materialmente arrastrado para el escenario, donde fué a recibir el homenaje que su labor le brindaba.

Los empresarios que, aguijoneados por la propaganda se hallaban reunidos en el teatro, se apiñaban alrededor de Rux, solicitando contratos para la artista. Rux denegaba las ofrendas y ante la insistencia de aquéllos, respondía que él no podía decidir nada.

Cherubini y sus amigos también rodearon al antiguo clown, felicitándolo por el éxito obtenido.

Abriéndose paso, uno de los empresarios amigos de Rux

llegó hasta él, ofreciéndose gruesas primas si lograba conquistar a Rosika para que le firmara un contrato, pero Rux repitió con éste lo mismo que con los anteriores, alegando que no solamente no podía él hacer nada, sino que era preciso que en lo sucesivo todas las demandas fueran formuladas al Barón de Racz, quien muy en breve sería el esposo de Rosika.

Indescriptible sorpresa se apoderó de Cherubini al oír de de labios de Rux que aquel «tipo», según él lo había tildado poco tiempo antes, era nada menos que el Barón de Racz y no solamente eso, sino que también el futuro dirigente de los pasos de Rosika.

Una nube de reporteros irrumpió entre bastidores, reclamando noticias de Rosika e indagando quién había sido el afortunado mortal que había descubierto a la estrella.

La petulancia de Cherubini no pudo contenerse.

—Señores: Quien descubrió a la estrella fué el director del circo Cherubini, que es quien les está hablando.

Todos los demás sonrieron burlescamente, incluso Rosika y Racz, que llegaban en el preciso momento en que Cherubini hacía gala una vez más de su fanfarronería.

Y allí quedó Cherubini hablando en medio del círculo de los periodistas quién sabe cuántas necedades, que indudablemente irían todas dirigidas a poner de relieve su ojo artístico en cuestión de arte y artistas.

Mientras tanto, Racz y su futura esposa, alejados de aquel ambiente de halago, buscaban la ocasión de demostrarse mutuamente su plena dicha, uniéndose en un abrazo.

Rux se acercó cauteloso pidiendo:

—Y para este viejo, ¿no dejáis nada?

En la sonrisa de los jóvenes asomó la más alentadora promesa de cariño para el buen Rux, quien completamente feliz los miraba con simpatía, mientras cruzaba por sus húmedas pupilas una sublime emoción.

FIN

Editadas

- * Núm. 1. *Sublime obsesión*, por Robert Tailor e Irene Dunne
- * — 2. *El desfiladero perdido*, por Buck Jones
- * — 3. *El gran impostor*, por Edmund Love
- * — 4. *La vida de la Bohème*, por Martha Eggert, Jan Kiepura
- * — 5. *La bandera amarilla*, por Hans Albers
- * — 6. *Cuando volvamos a amarnos*, por Margaret Sullivan
- 7. *El tigre de Esnapur*, por La Jana
- 8. *La tumba india* por La Jana
- 9. *Muñecas infernales*, por Lionel Barrymore
- 10. *El cantante de Viena*, por Jan Kiepura
- 11. *Juventudes rivales*, por Charles Farrell y June Martel
- 12. *La marca de Caín*, por Noah Beery (hijo), Jean Rogers
- 13. *Una chica de provincias*, Janet Gaynor y Robert Taylor
- 14. *Siete bofetadas*, por Lilian Harvey y Willy Fritsch
- 15. *El Capitán Costali*, por Olga Tschechowa, Karl Diehl
- 16. *Morir con honor*, por Buck Jones y Edward Keene
- 17. *Baile en el Metropol*, por Heinrich George y Viktoria von Ballasko.
- 18. *El poder invisible*, por Boris Karloff y Bela Lugosi
- 19. *El Rapto*, por Gustav Fröhlich y Walt Janssen
- 20. *Exterminio*, por Buck Jones
- 21. *Rosas Negras*, por Lilian Harvey y Willy Fritsch
- 22. *Jaque al Rey*, por Myrna Loy y Spencer Tracy

* Agotadas

En preparación

IMPETUS DE JUVENTUD

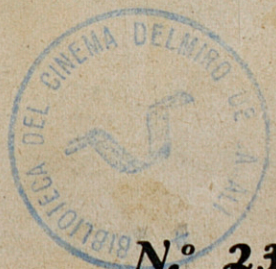
interpretada por

SYLVIA SIDNEY, HERBERT MARSHALL

PUBLICACIONES CINEMA

CALLE BAILEN, 154

BARCELONA



N.º 23